

CAPITULO V

Viajaban al principio del mes de setiembre : y en la llanura hacia un tiempo hermosísimo ; pero cuando entraron en los Apeninos, experimentaron la sensacion del invierno ; aquellos altos montes alteran con frecuencia el temple del clima, y rara vez se reune la suavidad del aire con el placer que causa el aspecto pintoresco de las montañas encumbradas. Una noche que iban en su coche Corina y lord Nelvil, se levantó repentinamente un terrible huracan ; rodeábalos una oscuridad profundísima, y los caballos, tan briosos en aquellos países, que es preciso ponerlos al tiro por sorpresa, los llevaban con inconcebible velocidad ; y ellos sentian una dulce conmocion de verse arrastrar así juntos. — ¡ Ah ! exclamó lord Nelvil, si nos llevasen léjos de cuanto conozco en la tierra, si pudiesen trepar á los montes, y arrojarlos en otra vida donde encontraríamos á mi padre que nos recibiria, y nos daría su bendicion ! ¿ quieres, dulce amiga ? y la apretaba contra su corazon con violencia. Corina no estaba ménos enternecida, y le dijo : — Llévame donde quieras ; aprisioname como una esclava á tu destino : ¿ no tenian en otro tiempo los esclavos habilidades que embelesaban á sus señores ? Pues bien, yo haré lo

mismo contigo ; tú, Osvaldo, mirarás con respeto á la que se consagra de esta manera á tu suerte, y no querrás que despues de verse condenada por las gentes, se sonroje jamas á tu vista. — Debo, exclamó lord Nelvil, y quiero conseguirlo ó sacrificarlo todo ; es preciso que sea tu esposo, ó que muera á tu piés de amor, sofocando el embeleso que me inspiras. Pero sí, lo espero, podré unirme contigo públicamente, y gloriarme de tu cariño. ¡ Ah ! dímelo, por Dios, ¿ no he perdido de tu afecto por los combates que despedazan mi pecho ? ¿ Piensas que te amo ménos ! — Y al decir esto, era su acento tan amoroso, que por un instante volvió toda su confianza á Corina : á los dos los estaba animando la pasion mas suave y mas pura.

Paráronse en tanto los caballos ; apeóse primero lord Nelvil, y sintió el viento frio que soplabá con fuerza, y que no advertia en el coche. Podia figurarse que habia llegado á las costas de Inglaterra ; el aire helado que respiraba, no convenia ya con la hermosa Italia, ni aconsejaba, como el del medio-día, el olvido de todo, ménos del amor. Presto volvió á sus dolorosas reflexiones, y Corina conociendo la volubilidad inquieta de su imaginacion, lo adivinó con harta facilidad.

Al dia siguiente llegaron á Nuestra Señora de Loreto, que se halla colocada en lo alto de un monte, de donde se descubre el mar Adriático. Mientras que lord Nelvil fué á dar algunas disposiciones para

el viaje, Corina se encaminó á la iglesia, donde está la imágen de la Virgen, encerrada en medio del coro en una capillita cuadrada, y cubierta de bajos relieves bastante dignos de nota. El piso de mármol que rodea el santuario está ahondado por los peregrinos que le han dado vuelta de rodillas, y Corina se enterneció contemplanado aquellos rastros de la oracion; y poniéndose de rodillas tambien en aquel mismo piso que habian apretado tantos infelices, imploró á la imágen de la bondad, al símbolo de la sensibilidad celestial. Cuando volvió Osvaldo halló á Corina postrada delante de aquel templo, y bañada de llanto. Suspendióse y le dijo: — Querido Osvaldo, ¿no es verdad que muchas veces no nos atrevemos á elevar al Ser supremo nuestros ruegos? ¿Cómo le hemos de confiar todas las penas del corazon? ¿No es un placer poder confiarlas á una virgen, mirándola como intercesora de los débiles humanos? Padeció en esta tierra, donde vivió; y la imploraba en vuestro favor con mas resolucion; el ruego directo me habria parecido demasiado augusto. No hay nadie á mi parecer que no tenga dentro de su alma una idea singular y misteriosa acerca de su propio destino. Un acaecimiento que siempre tememos, sin que fuese probable, y al fin llega; el castigo de una culpa, aunque sea imposible comprender la conexion que liga con ella nuestra desgracia, sorprenden á veces la imaginacion. Siempre, desde niña, he temido vivir en Inglaterra; y

¡ay! quizá el sentimiento de no poder morar en ella, será causa de mi desesperacion: conozco que mi suerte tiene algo de insuperable en ese punto, que hay un obstáculo contra el cual lucho y me despedazo en vano. Cada cual concibe su vida interior, enteramente diversa de lo que parece: creemos confusamente en un poder sobrenatural que obra sin saberlo en nosotros, y se oculta bajo la apariencia de las circunstancias exteriores, siendo el único principio de todo. ¡Amado amigo, las almas capaces de reflexionar viven sumidas continuamente en el abismo de sí mismas sin encontrarle jamas el fin! — Cuando Osvaldo escuchaba hablar á Corina de este modo, siempre se admiraba de que pudiese al mismo tiempo experimentar sentimientos tan apasionados, y dominar, al juzgarlos, sus propias impresiones. — No, decia entre sí muchas veces, ninguna sociedad en la tierra puede contentar al que probó la conversacion de una mujer semejante.

Llegaron á Ancona de noche, porque lord Nelvil temia le conociesen: así sucedió, á pesar de sus precauciones, de suerte que la mañana siguiente rodearon los habitantes la casa donde se alojaba. Despertóse Corina á las voces de *¡viva lord Nelvil! ¡viva nuestro libertador!* que resonaban debajo de sus ventanas; estremeciéndose al oirlas, y levantándose con precipitacion, se metió entre el tropel para ver alabar á su amado. Lord Nelvil, avisado de que el pueblo clamaba vehemente por verle, hubo de pre-

sentarse al fin : creía que Corina estaba aun durmiendo, y que ignoraba lo que sucedía. ¡ Cuánto se admiró de encontrarla en medio de la plaza, ya conocida, ya amada de toda aquella agradecida muchedumbre que la rogaba fuese su intérprete ! La imaginación de Corina se complacía algo en todas las circunstancias extraordinarias, y ella era su encanto, y á veces su defecto. Dió gracias á lord Nelvil, en nombre del pueblo, con tanta gracia que embelesó á todos los habitantes ; decía : *Nos, hablando de ellos : nos habeis salvado, os debemos la vida.* Y cuando se adelantó para presentar á lord Nelvil en su nombre la corona de encina y de laurel que habían tejido, la sobrecogió una sensación imposible de definir : sintióse intimidada al llegar junto á Osvaldo. En aquel instante todo el pueblo que en Italia es tan voluble y tan entusiasta, se inclinó delante de él, y Corina, involuntariamente, dobló la rodilla presentándole la corona. Lord Nelvil se turbó al verlo, de tal modo, que no pudiendo soportar mas aquella escena pública, y el homenaje que le rendía su adorada, la llevó consigo lejos del tropel.

Al tiempo de partir, Corina, bañada en lágrimas, dió gracias á los buenos habitantes de Ancona, quienes la acompañaban con sus bendiciones, mientras Osvaldo se escondía en la testera del coche, y repetía sin cesar : — ¡ Corina arrodillada á mis piés ! ¡ Corina, sobre cuyas huellas quisiera yo postrarme ! ¡ Merecí semejante agravio ? ¡ Juzgais que tengo la

indigna vanidad... — No por cierto, interrumpió Corina ; mas me sobrecogió de improviso aquel sentimiento de respeto, que siempre inspira á una mujer el hombre á quien ama. Los homenajes exteriores se dirigen á nosotras ; pero en la verdad, en la naturaleza, la mujer es quien reverencia profundamente al que escogió por defensor. — ¡ Sí, yo seré tu defensor hasta el día postrero de mi vida, exclamó lord Nelvil, el cielo es testigo ! no se habrán refugiado en vano tanta alma y tanto genio al abrigo del amor. — ¡ Ay ! respondió Corina, no necesito mas que ese amor, ¿ y qué promesa podría asegurarme ? No importa ; conozco que me amas ahora mas que nunca, no turbemos esta vuelta. — ¡ Esta vuelta ! interrumpió Osvaldo. — Sí, no retracto esa expresión, dijo Corina ; pero no la expliquemos, prosiguió, haciendo suavemente á lord Nelvil seña de que callara.

CAPITULO VI

Siguieron dos días las orillas del mar Adriático ; pero aquel mar no causa, por el lado de la Romania, el efecto que el Océano ni aun el Mediterráneo ; el camino sirve de márgen á sus ondas, y se en-

cuenta césped en sus riberas; no así se representa la imaginacion el imperio tremendo de las tempestades. En Rimini y en Cesena se deja la tierra clásica de los acontecimientos de la historia romana: y la última memoria que ocurre al pensamiento es el Rubicon, pasado por César, cuando determinó hacerse dueño de Roma. Una reunion singular, se ve hoy no distante del Rubicon, la república de San Marino, como si aquel débil vestigio de la libertad debiese subsistir junto á los lugares donde se destruyó la república del mundo. Desde Ancona, se va entrando por grados en una region que presenta un aspecto del todo diverso del estado eclesiástico. El Bolones, la Lombardía, las cercanías de Ferrara y de Rovigo, son dignos de nota por su belleza y su cultivo; no se halla ya aquella asolacion poética que indicaba la proximidad de Roma, y los terribles acaecimientos que pasaron allí. Entónces se dejan

Les pins, deuil de l'été, parure des hivers (1),
Verso de Mr. de SABRAN.

y los cipreses coníferos (2), imágen de los obeliscos, y los montes y el mar. La naturaleza, del mismo modo que el viajante, dice adios poco á poco á los rayos del mediodía, ya no crecen los naranjos al aire libre, y ocupan su lugar los olivos, cuyo pálido

(1) los pinos
Luto del verano, y del invierno adorno.

(2) et coniferi cupressi.
VIRGILIO.

y ligero verdor conviene, al parecer, á los bosquecillos que habitan las sombras en el Eliseo, y algunas leguas mas allá tambien los olivos desaparecen.

Al entrar en el Bolonesado, se ve una risueña llanura, donde las viñas, en forma de guirnaldas, unen á los olmos entre sí: toda la campiña parece engalanada como para un dia festivo. Corina se sintió conmovida por la oposicion de su disposicion interior, y el brillo resplandeciente de la region que se ostentaba á su vista. — ¡Ah! dijo á lord Nelvil suspirando, ¿deberia presentar la naturaleza tantas imágenes de ventura á dos amigos que van á separarse? — No, no se separarán, dijo Osvaldo, cada dia tengo para hacerlo ménos valor: vuestra inalterable dulzura agrega á la pasion que inspirais el atractivo del hábito. Soy feliz junto á vos, como si no fuéseis el genio mas digno de admiracion, ó mas bien porque lo sois, porque la superioridad verdadera da una bondad perfecta; quien está satisfecho de sí, de la naturaleza, y de los demas, ¿qué sentimiento amargo puede experimentar?

Llegaron juntos á Ferrara, una de las ciudades mas tristes de Italia, por cuanto es al mismo tiempo grande y desierta: los pocos habitantes que de trecho en trecho se encuentran por la calle, caminan muy despacio, como seguros de tener tiempo para todo. Cuesta trabajo comprender cómo existió en aquellos mismos lugares la corte mas espléndida, la que cantaron el Ariosto y el Taso; y aun se enseñan

allí manuscritos suyos, y del autor del *Pastor fido*.

El Ariosto supo vivir sosegadamente en medio de una corte; pero todavía se ve en Ferrara la casa donde encerraron al Taso como loco; y no es posible leer sin enternecerse el sinnúmero de cartas en que aquel desventurado pide la muerte que obtuvo hace tantos días. El Taso tenía aquella organización particular del talento, que le hace tan temible para los que le poseen; su imaginación se revolvía contra él mismo, y si conocía tan bien todos los secretos del alma, si tenía tantos pensamientos, era porque padecía muchas penas. *Quien no padeció*, dice un profeta, *¿qué sabé?*

Corina se parecía á él bajo ciertos respectos; su ingenio era mas alegre, mas variadas su impresiones; pero su imaginación necesitaba también de mucho cuidado, porque en lugar de distraerla de sus pesares, aumentaba el poder que tenían. Enganábase lord Nelvil en creer muchas veces que las brillantes facultades de Corina le darian recursos independientes de sus cariños: ¡ay! cuando una persona de genio se halla dotada de verdadera sensibilidad, sus mismas facultades multiplican sus disgustos; hace descubrimientos en su propia pena, como en lo demás de la naturaleza, y siendo inagotable la desventura del corazón, la siente mejor quien tiene mas ideas.

CAPITULO VII

Embárcanse en la Brenta para llegar á Venecia, y por los dos lados del canal se ven los palacios de los Venecianos, grandes y algo maltratados como la magnificencia italiana. Están adornados de un modo extraño, que en nada recuerda el gusto de la antigüedad: la arquitectura veneciana se resiente del comercio con el Oriente, y es una mezcla del gusto morisco y gótico que llama la atención sin agradar á la fantasía. El álamo, este árbol regular, como la arquitectura, rodea casi por todas partes el camino, el cielo es de un color azul subido que hace oposición con el brillante verde de la campiña; este verde se mantiene por la abundancia excesiva de las aguas; y el cielo y la tierra son de dos colores contrapuestos con tanta fuerza, que la misma naturaleza tiene, al parecer, cierto afeite, sin presentar aquel vago misterioso que hace amar el mediodía de Italia. La vista de Venecia es mas portentosa que agradable: semeja al pronto una ciudad anegada, y es preciso reflexionar para admirar el genio de los mortales que conquistaron aquella mansión á las aguas. Nápoles está construida en anfiteatro á la orilla del mar; pero Venecia se halla en un terreno enteramente llano, de forma que las tor-

res de las iglesias se parecen á los mástiles de un navío inmóvil en medio de las ondas. La imaginacion se entristece entrando en Venecia : despídese de la vegetacion ; ni una mosca se ve en aquel recinto ; todos los animales están desterrados de él ; solo está allí el hombre para luchar con el mar.

En esta ciudad, compuesta de canales en lugar de calles, reina sumo silencio, y solo le interrumpe el ruido de los remos ; no es campiña, pues no hay un árbol ; no es ciudad, pues no se oye el movimiento mas leve ; ni es navío, pues no camina ; es una morada que la tormenta convierte en cárcel, porque hay ratos en que no se puede salir de la ciudad ni de casa. Hay en Venecia hombres de la plebe que nunca han pasado de un barrio á otro, ni han visto la plaza de San Márcos, y para quienes seria un prodigio un caballo ó un árbol. Aquellas góndolas negras que se deslizan por los canales, semejan féretros ó cunas, la última y la primera morada del hombre. Por la noche no se ve pasar mas que el reflejo de los faroles que alumbran á las góndolas, porque entre la oscuridad no se distingue su color negro : parecen sombras que se escurren por el agua, guiadas por una estrellita. En este recinto todo es misterio, el gobierno, las costumbres, el amor : ciertamente ofrece muchos deleites al corazon y al entendimiento despues que se logra penetrar aquellos secretos ; pero los extranjeros deben hallar muy triste la primera impresion.

Corina que creia en los presentimientos, y cuya imaginacion herida lo convertia todo en presagios, dijo á lord Nelvil : — ¿ De qué procede la melancolia profunda de que me siento sobrecogida al entrar en esta ciudad ? ¿ no es prueba de que me amenaza en ella alguna gran desgracia ? Al tiempo de pronunciar estas palabras, oyó estallar tres cañonazos de una de las islas de la laguna. Estremeciósese Corina de aquel estruendo, y preguntó á sus gondoleros el motivo : es por una religiosa que toma el velo, respondieron, en uno de esos conventos de en medio del mar. Entre nosotros se estila que en el instante de pronunciar las mujeres los votos religiosos, arrojan á su espalda un ramillete de flores que llevan miéntras dura la ceremonia. Esta es la señal de renunciar al mundo ; y los cañonazos que acabais de oír anunciaban ese momento cuando entráramos en Venecia. Semejantes palabras hicieron temblar á Corina : Osvaldo sintió sus manos heladas entre las suyas, y extendíase en su rostro una mortal palidez. — Querida amiga, le dijo, ¿ cómo os causa tanta impresion la casualidad mas sencilla ? — No, dijo Corina, esto no es sencillo ; creedme, las flores de la vida están para siempre arrojadas á mi espalda. — Cuando te amo mas que nunca, interrumpió Osvaldo, cuando es tuya toda mi alma.... — Esos rayos de la guerra, prosiguió Corina, cuyo estam-pido anuncia en otras partes la victoria ó la muerte, están destinados aquí para solemnizar el oscuro

sacrificio de una tierna doncella. ¡ Uso inocente de esas armas tremendas que trastornan el orbe ! ¡ Aviso solemne de una mujer resignada á las mujeres que todavía luchan con el destino !

CAPITULO VIII

El poder del gobierno de Venecia, en los últimos años de su existencia, consistia casi enteramente en el imperio del hábito y de la imaginacion. Fué terrible, y era suave; fué animoso, y era tímido: se ha excitado con facilidad el odio contra él, porque habia causado terror, y le han trastornado con facilidad porque ya no debia causarle. Era una aristocracia que amaba mucho el favor popular; pero al modo del despotismo, divirtiendo al pueblo, y no ilustrándole. Sin embargo, para un pueblo es una situacion bastante agradable que le diviertan, especialmente en los países donde el clima y las bellas artes desenvuelven hasta en las clases mas ínfimas de la plebe las inclinaciones de la imaginacion. No daban al pueblo los placeres groseros que le embrutecen, sino música, pinturas, improvisadores, fiestas; y allí el gobierno cuidaba de sus súbditos como un Sultán

de su serrallo. Pedíales únicamente, como á mujeres, que no se mezclasen en asuntos políticos; pero á este precio les prometia muchas diversiones, y aun bastante gloria, porque los trofeos de Constantinopla que enriquecen las iglesias, los pendones de Chipre y de Candia que ondean en la plaza pública, y los caballos de Corinto, alegran los ojos del pueblo; y el leon al lado de San Márcos le parece emblema de su gloria.

Como el sistema del gobierno prohibia á los súbditos ocuparse en los negocios públicos, y la situacion de la ciudad imposibilitaba la agricultura, el paseo y la caza, no les quedaba á los Venecianos mas interes que la diversion: esta ciudad era una ciudad de placeres. El dialecto veneciano es dulce y ligero como un soplo agradable: parece imposible que los que resistieron á la liga de Cambrai hablasen una lengua tan flexible. Aquel dialecto es hermoso cuando se destina á la gracia, ó á una burla discreta; pero cuando se usa para asuntos mas serios, cuando se oyen versos sobre la muerte en aquellos sonidos delicados, y casi infantiles, se cree que aquel suceso, cantado de semejante manera, es una ficcion poetica, y nada mas.

Los hombres tienen generalmente mas ingenio en Venecia que en lo demas de Italia, porque su gobierno, cual era, les ofreció con mas frecuencia las ocasiones de pensar; pero su fantasía no es por naturaleza tan fogosa como en el mediodía de Italia;

y la mayor parte de las mujeres, si bien amabilísimas, han contraído, por el hábito, de vivir entre gentes, un idiona de *sentimentalidad*, que sin enfrenar la libertad de las costumbres, hace los amorios afectados. El mayor mérito de las Italianas, entre todas sus faltas, es no tener ninguna vanidad; y este mérito se ha perdido algo en Venecia, donde hay mas trato que en ninguna ciudad de Italia; porque la vanidad se manifiesta particularmente con el trato. Se hallan los aplausos en la sociedad tan presto, y con tanta frecuencia, que todos los cálculos son momentáneos, y que para las alabanzas *no se fia al tiempo* un minuto. Sin embargo, se hallaban todavía en Venecia muchos vestigios de la originalidad y soltura de los modales italianos; las señoras mas principales recibian las visitas en los cafés de la plaza de San Márcos, y aquella extraña confusion impedía que los salones llegasen á ser con demasiada seriedad arena para las pretensiones del amor propio.

Quedan tambien aun costumbres populares y antiguos estilos : estos suponen siempre respeto á los mayores, cierta juventud de corazon que no se cansa de lo que fué, ni del enternecimiento que causa; y ademas la vista de la ciudad, por sí sola, es sumamente á propósito para despertar infinitas memorias é ideas; la plaza de San Márcos, toda cercada de tiendas azules, bajo las cuales descansa un tropel de Turcos, Griegos y Armenios,

termina con la iglesia, parecida en lo exterior mas á una mezquita que á un templo cristiano : aquel sitio hace conocer en algun modo la vida indolente de los Orientales, que pasan sus dias en los cafés bebiendo sorbetes y fumando perfumes; á veces se ven en Venecia pasar Turcos y Armenios lánguidamente tendidos en barcos descubiertos, con jarros llenos de flores á sus piés.

Los hombres y las mujeres principales, nunca salian sino vestidos con un dominó negro; tambien suelen, porque en Venecia el sistema de la igualdad consiste especialmente en los objetos exteriores, verse góndolas negras siempre, gobernadas por barqueros vestidos de blanco, con ceñidores de color de rosa; y esta oposicion no deja de ser notable; diríase que el traje de fiesta está abandonado á la plebe, miéntras los grandes del estado siempre se hallan destinados al luto. En la mayor parte de las ciudades europeas es preciso que la imaginacion de los escritores aparte cuidadosamente lo que sucede todos los dias, porque nuestros usos, y aun nuestro mismo lujo, no son nada poéticos. Pero en Venecia no hay cosa alguna vulgar en esta clase; los canales y los barcos forman un cuadro pintoresco de los acontecimientos mas sencillos de la vida.

En el arrabal de los Esclavones se encuentran de continuo títeres y charlatanes, y hombres que hacen relaciones, dirigidas de todas maneras á la imaginacion del pueblo. Los hombres de las relaciones lla-

man en particular la atención : regularmente son episodios del Taso y del Ariosto, recitados en prosa con suma admiración de los que los escuchan. Los oyentes, sentados en rueda al rededor del que habla, están los mas medio vestidos y sin menearse por exceso de curiosidad; de cuando en cuando les traen vasos de agua, los cuales pagan como en otras partes se paga el vino; y aquel sencillo refresco es lo único que el pueblo necesita en horas enteras, tan ocupado se halla su ánimo. El narrador hace los ademanes mas vivos del mundo; levanta la voz, se enfada, se apasiona, y no obstante se conoce que en su interior está sosegadísimo : pudiera decirsele como dijo Safo á la bacante que se agitaba sin hallarse conmovida : *Bacante, que no estás ebria, ¿qué me quieres?* Con todo, la pantomima animada de los habitantes del mediodía no da idea de afectación; es un hábito particular que les han comunicado los Romanos, tambien grandes gesticuladores, y depende de su disposición viva, brillante y poética.

La imaginación de la plebe, aprisionada con los placeres, era fácil de ajustar con el prestigio de poder, que rodeaba al gobierno veneciano. Jamas se veía en Venecia un soldado; y se atropellaba la gente en el teatro cuando por casualidad se presentaba alguno con un tambor en la comedia; pero bastaba que se mostrase el esbirro de la inquisición de estado, con un ducado en el gorro, para resta-

blecer el órden entre mas de treinta mil hombres reunidos un dia de pública festividad. Hermoso seria un poder tan sencillo si dimanase de respeto á la ley; pero le fortificaba el terror de las providencias secretas de que se valia el gobierno para mantener la quietud del estado. Las cárceles (cosa sin ejemplo) estaban en el mismo palacio del Dux; y las habia encima y debajo de su aposento; *la Boca del Leon*, donde se echaban todas las delaciones, tambien está en el palacio donde tenia su morada el jefe del gobierno : la sala donde residian los inquisidores de estado se veía colgada de negro, y solo recibia luz por arriba; el juicio se parecia desde luego á la sentencia; y *el Puente de los suspiros*, este era su nombre, iba del palacio del Dux á la cárcel de los reos de estado. Al cruzar por el canal que pasaba por el lado de aquellas prisiones, se oía clamar : *¡Justicia, favor!* y no podian conocerse las voces confusas y lamentables. En fin, cuando ya estaba sentenciado un reo, venia á buscarle un barco de noche: salia por una puertecita que daba al canal; llevábanle á alguna distancia de la ciudad, le anegaban en un paraje de las lagunas donde no se permitía pescar : ¡idea horrorosa que perpetúa el secreto aun despues de la muerte, y no deja al desventurado esperanza de que sus reliquias hagan saber á sus amigos que padeció, y ya fué!

En la época en que Corina y lord Nelvil llegaron á Venecia, hacia cerca de un siglo que no se habian